

mas. Edmundo Aray, en una conferencia sobre literatura venezolana que pronunció, hace ya muchos años, en la Casa de las Américas, decía que la generación de 1928 en ese país sólo escribía sobre el pasado. Nosotros añadiríamos, además, que las producciones literarias de los autores característicos de este período (Díaz Sánchez y Usar Pietri) destacan por un cierto fatalismo y por una evidente falta del componente humor y del de la alegría. No es extraño que la temática de unos autores se centre en el pasado si tenemos en cuenta la situación a la que se enfrentaban en el presente: de 1908 a 1936 gobernó el país tiránica y cruelmente el dictador Juan Vicente Gómez, de quien lo más sobresaliente fue que concedió la explotación de grandes cantidades del petróleo nacional a las compañías extranjeras, fundamentalmente estadounidenses. Aunque en 1945 el Presidente Medina Angarita intentó realizar algunas reformas democráticas en el país, éste fue rápidamente desplazado por la alianza entre Betancourt y algunos oficiales de derechas, gobernando el primero entre 1945 y 1948, para ser desplazado por sus antiguos aliados, que tomaron el poder directamente en 1948: Pérez Jiménez era uno de ellos, y estuvo controlando de hecho la situación entre bastidores hasta que, en 1952, pasó a ser "presidente". El país no se liberó de estas situaciones dictatoriales, pues, hasta 1958, en que la nueva subida al poder de Betancourt tras unas elecciones tampoco significó cambios sustanciales en la deteriorada situación social y económica de los venezolanos. En estas condiciones, no es de extrañar que el panorama literario del país fuera, durante muchos años, relativamente pobre y carente de componentes innovadores y futuristas. Por estas razones, además, ha sido una literatura poco conocida fuera de sus fronteras, dándose la poco frecuente circunstancia de que han existido períodos de auténtica "descapitalización" creadora, como, por ejemplo, el que sucede a 1930, en que el país se queda prácticamente sin novelistas, predominando las reediciones de los anteriores (Gallegos, Díaz Sánchez, Meneses, Usar Pietri), aunque surjan algunos casos aislados, como Mariño Palacios y Garmendía.

En este panorama es digno destacar, sin embargo, que a partir de 1940 surge un movimiento literario muy interesante de "cuentistas": Guaramato, Márquez Salas, Díaz Solís, etc., se convierten casi en los cuentistas de América Latina. Aunque este período es seguido por

otro de escasa producción narrativa digna de mención.

Los cuentos habían ya estado presentes en la literatura venezolana con anterioridad, con aciertos indudables. Arturo Usar Pietri, escritor de la generación de 1928 que no ha dejado de regalarnos con sus producciones hasta hace poco —la edición de su obra "Vista desde un punto" es de 1971—, tiene una producción de cuentos muy interesante, una parte de los cuales aparece ahora en España editados por Bruguera (1). Esta colección, en la que se han reunido relatos procedentes de *Pasos y pasajeros* y *Treinta hombres y sus sombras*, contiene relatos sumamente desiguales en calidad, aunque casi todos coincidentes en una serie de características que, como hemos apuntado antes, destacan en el panorama literario venezolano, y más en este autor.

Los personajes pertenecen casi todos a eso que se ha dado en llamar "personajes símbolo", y es especialmente evidente la presencia continua de un fatalismo que determina cada acontecimiento y cada decisión. Sus personajes están vencidos de antemano, ya sean indígenas, hacendados, mendigos, soldados, o revolucionarios. Y no aparece por ninguna parte la menor sombra de humor: son cuentos recios, sobrios, sobre los que campea un cierto pesimismo e impotencia.

Es interesante su faceta costumbrista, que nos ayuda a tomar contacto con distintos medios de la sociedad venezolana, retratada con diverso éxito a lo largo de las narraciones. La más interesante de todas, es, sin duda alguna, "El prójimo", por su originalidad e imaginación, y también la más intrínsecamente "violenta", con una violencia fatalista e ineludible. La contemporaneidad política sólo se toca en dos de los cuentos: "El novillo amarrado al botalón" y "La mula", y ambos muestran ese ambiente de terror mezclado con impotencia que caracteriza a los períodos dictatoriales, desde un punto de vista sumamente subjetivizado.

En conjunto, el libro es interesante y agradable de leer, aunque su autor es mejor como novelista. ■ **MARISA RODRIGUEZ MOJON.**

Hacia una educación libertaria

El problema de la educación podría sintetizarse en la famosa

(1) Arturo Usar Pietri: *El prójimo y otros cuentos*. Ed. Bruguera. Barcelona, 1978.

frase que Lewis Carroll, el autor de Alicia, pone en boca de uno de los personajes de su relato. "La cuestión, decía Humpty-Dumpty, refiriéndose al significado atribuido a las palabras, es saber quién manda aquí". La educación es, en resumidas cuentas, una cuestión de autoridad. León Tolstoy la definía como la tendencia de un hombre a modelar a otro a su propia imagen y semejanza. Por su parte, y en un momento en que la educación nacional era considerada como una meta progresista en una sociedad en rápido desarrollo industrial, el teórico anarquista británico William Godwin supo señalar agudamente el peligro que entrañaría dejar en manos de un Gobierno determinado un instrumento tan fundamental de formación y control de la opinión pública. Sus previsiones iban a verse desgraciadamente confirmadas al cabo de más de un siglo con la llegada al poder de los regímenes nazi y fascista.

A este modelo de enseñanza totalitario se opone lo que el pedagogo norteamericano Joel Spring califica de educación libertaria, tomada esta última palabra en un sentido mucho más amplio y menos ideológico que el que tiene generalmente en castellano. El supuesto de que parte en su libro Joel Spring (1) es la imposibilidad de llevar a cabo ninguna trans-

(1) "Introducción a la educación radical". Traducción: Fernando Velasco. 164 páginas. Akal Editor. Madrid, 1978.

formación radical de la sociedad sin la previa eliminación de la que —siguiendo a Reich— el autor llama la estructura de carácter autoritaria que atena a los individuos. Sólo eliminándola podrán elevarse éstos a un nivel de conciencia crítica y de comprensión de las fuerzas sociales que actúan continuamente sobre ellos y los determina, para convertirse en personas auténticamente libres.

Es decir: de nada, o de muy poco servirá un cambio en los contenidos transmitidos en la escuela, si no se opera de modo simultáneo una transformación radical en la personalidad de los enseñantes capaz de influir a su vez sobre los educandos. Esa búsqueda del hombre nuevo es una constante de la pedagogía radical.

El proyecto de Joel Spring de acabar con el modelo de escuela burocrática y manipuladora —aunque la manipulación sea cada vez más indirecta y sofisticada—, hunde sus raíces en toda una corriente pedagógica que va desde Rousseau y su Emilio hasta Iván Illich. Y esta **Introducción a la educación radical** quiere ser la síntesis superadora de las diversas teorías de la educación que alimentan esa corriente. Teorías a las que el autor da en estas páginas un jugoso, si bien necesariamente simplificador, repaso antes de analizar en el último capítulo, sin duda el de más interés del libro, las dificultades y limitaciones de algunos de los modelos más radicales, como puede ser la famosa escuela de Summerhill de Neill, y señalar las

La búsqueda del hombre nuevo es una constante de la pedagogía radical.



posibles causas del fracaso de muchas escuelas libres, para ofrecer a cambio algunas propuestas originales dirigidas a eliminar la actual dependencia económica de los jóvenes respecto de sus padres, origen de otro tipo de dependencias.

Es realmente una compleja síntesis la que trata de realizar el autor con sus préstamos de Marx y Rousseau, de Ferrer Guardia y Stirner, de Reich, Neill y Freire, de Illich, y Bettelheim. Y algunas de sus propuestas, como la que se refiere a la abolición del actual sistema de enseñanza obligatoria —en lo que sigue a Iván Illich—, junto con la asignación de una cantidad mensual al niño para que éste pueda financiar personal y libremente sus estudios, parece-

rán sin duda a algunos escandalosos o al menos impracticables. Por utópicas que parezcan, sin embargo, sus soluciones —y lo son en el mejor sentido de la palabra—, Joel Spring ha puesto el dedo en la liaga: no hay transformación posible de la escuela sin un cambio radical de la sociedad en que se inserta. Y no habrá cambio radical en la sociedad sin una transformación paralela de su base celular: la familia, tal y como hoy la conocemos. ■ JOAQUIN RABAGO.

Una orgía metódica

Ahora se estila por parte de los plumíferos de largos sol-



Nélida Piñón.

loquios acerca del ejercicio lúdico que les supone, al parecer, escribir mamotretos de ochocientos folios, y que pretenden, oh ilusos, que a nosotros nos suponga lo mismo. Es ésta una época de confusión de las len-

guas y las tribus, y conviene la precisión: tales ejercicios lúdicos son, lisa y llanamente, lo que antes llamábamos coñazos.

Pero de cuando en cuando surgen obras que dan papirotazos en las napias a esos pedantones, aunque formen legión. Es el caso de "Tebas de mi corazón" (1), de la brasilera Nélida Piñón. Obra de casi quinientas páginas, pero desternillantes todas. Obra que rompe de verdad no pocos anquilosamientos, textuales y también otros más de carne y hueso en nosotros, lectores. Obra ante la que caben dos opciones: o la tomas o la dejas.

Nélida Piñón nos propone un paisaje que viene de los mitos clásicos, pero degradado y engalanado por exuberancias de todo tipo. Desde la primera línea nos mete en otra realidad, y no tiene sentido andar ahora discutiendo cuál es la realidad real, puesto que no es cuestión de elegir, sino que el texto mismo sea elegido ya de antemano por nosotros, y lo único que nos cabe —tantísimo, por cierto— es colaborar en lo que se nos viene encima.

"Tebas..." es absolutamente ambiguo. La ambigüedad es para Nélida Piñón una orgía, pero qué metódica. No hay sucesión temporal clara, no hay relaciones previsibles entre personajes "definidos" con arreglo al concepto habitual de realidad. No hay nada que no sea arbitrario, que no venga del porque sí; y, sin embargo, el engarce, el sutil hilo subterráneo que a cada frase nos lleva a las fauces o al vacío (a la risa, siempre), obedece a traidores designios de la autora.

Pasan muchísimas cosas en la novela, y sería bobo tratar aquí de "explicarla" a base de reducirla, a base de decir, por ejemplo, que hay un universo mítico de dos ciudades, Santísimo y Asunción, enfrentadas en perpetua relación dialéctica de amor y odio, de pasión y miedo, y que en ese universo pululan inconcebibles personajes...

Si nos ponemos sericicos, sin duda puede hablarse, y con rotundidad, de que "Tebas..." pertenece a la pecaminosa estirpe de los "Paradiso"; también el mundo de Macondo tiene algo que ver, pero parece ser que ya Nélida Piñón, narradora en siete ocasiones, fundaba ciuda-

(1) "Tebas de mi corazón", de Nélida Piñón. Traducción de Angel Crespo. Alfaguara. Madrid, 1978.

ADIOS A LAS LETRAS

Naranjas

POR Madrid ha pasado, como un torbellino de Manchester, el hombre colgado a la máquina de escribir. Se han enterado pocos, porque él no hace aspavientos, sino que escribe. Los escritores anglosajones no hacen aspavientos en general. Ahí está, por ejemplo, John le Carré, el escritor que surgió del frío del espionaje, y que pasea sus best-sellers por el mundo como si fueran modestas capuchas que le protegen del agua de la pobreza.

Y aquí estuvo, quería decir, Anthony Burgess, un viento de Manchester que en este instante es el autor europeo más prolífico, después de Fernando Savater, mi admirado filósofo flaco. Otro admirado filósofo flaco es Aranguren. Savater, al revés que este último, no es capaz de doblar sus piernas en plan enredadera. Ya lo logrará, porque inventos más difíciles y equinos ha alcanzado a lo largo de su historia.

Burgess se trajo a Madrid, y de esto hace un mes, lo que pasa es que ahora vuelvo del Caribe y me entero; Burgess se trajo a Madrid su Jesucristo. Por fin, este escritor católico logra en España a un traductor castellano, porque hasta ahora, la mayor parte de sus obras se vertían al argentino porteño, que es como el lunfardo elegante y dicho al derecho. La naranja mecánica, la novela por la que más se conoce en el mundo a Burgess, fue traducida, por ejemplo, en una especie de idiolecto incomprensible, que ha paseado, totalmente ilegible, por las mesas de noche de lectores desesperados, frustrados e impotentes.

Jesucristo, que no es la mejor obra de Burgess, viene por fin empapelada en un lenguaje castellano comprensible. Decepción para el lector español, sin embargo, porque el Burgess que debía aparecer no surge.

Surge en Jesucristo el didacta que todo anglosajón lleva dentro. Los católicos británicos están tan acosados por los protestantes que cada vez que pueden —suele ser varias veces

en la vida— escriben una obra en la que hacen profesión de fe. Graham Greene es uno de esos católicos cuya falta de práctica religiosa se compensa con la escritura en honor de las convicciones que profesa. A Burgess le ha ocurrido lo mismo y nos ha contado un episodio de la vida del fundador de la cristiandad del mismo modo didáctico que usó para relatar a los estudiantes de Malasia, donde enseñó, la historia de la literatura británica.

La historia literaria hecha para los malayos fue publicada hace más de una década con seudónimo. Hace pocos años volvió a salir con el nombre de su verdadero autor. Presentada como una reflexión somera de toda la historia de la literatura inglesa, no pretende ser otra cosa que un manual. Anthony Burgess hace lo mismo con la biografía de Jesucristo. En realidad, venía a decir él en el prefacio de su ensayo didáctico, él escribe para comprender. En primer lugar, la historia era para sí mismo. Después, como ocurre con Jesucristo, para que los lectores comprendan con él.

En Jesucristo no surge, pues, el Burgess que juega con las palabras y con las situaciones, como si fuera un Orson Welles del texto literario. Es, en el mundo anglosajón, el equivalente de Guillermo Cabrera Infante, el autor de Tres tristes tigres.

Ese Burgess se ha reservado o se ha traducido al lunfardo. Queda, pues, pendiente de conocer esa literatura con olor a naranjas que, en Italia o en Mónaco o en Inglaterra, Anthony Burgess ha ido escribiendo con el mejor humor. Lástima que a este país no llegaran, por ejemplo, sus divertidísimos artículos literario-político-papales, publicados en la prensa italiana cuando fue elegido Jefe de la Iglesia católica el cardenal Albino Luciani, Juan Pablo I. Sir Walter Scott, decía Burgess, era un predecesor caballeresco de aquel Papa. Lo que pasa es que el gran escritor escocés duró muchísimo más. ■ SILVESTRE CODAC.